

**Palabras del Dr. Carlos F. Almada
López, Director Corporativo de
Administración de Petróleos
Mexicanos**

El inicio de la década de los noventa atrajo consigo, tímidamente primero y más decididamente después, una reevaluación de las experiencias observadas a la vuelta de aproximadamente una década de neoliberalismo en distintos contextos nacionales. Ciertamente esta crítica, si bien incesante, no ha alcanzado la fuerza de un paradigma apto para reorientar la praxis en el plano político y social de los estados, comprometidos como están en la pugna competitiva y de la globalización, amén del agobio que implica el embate combinado de la reducción de los márgenes de maniobra económica y el riesgo de la ingobernabilidad.

Por otra parte, el contenido de esta crítica ha sido más bien errático, lo cual puede atribuirse en una medida importante al realismo pragmático que ha debido condescender con las condiciones evidentemente desfavorables hacia el resurgimiento del activismo estatal.

La obra que es hoy objeto de revisión recoge con fortuna avances ciertamente apreciables acerca de la evolución sufrida por el Estado, señalando además algunos caminos de búsqueda de una reforma más profunda de los procesos de conducción y dirección de la sociedad.

Emanado de la Conferencia Internacional de Ciencias Administrativas celebrada en la ciudad de Toluca, Estado de México, en julio de 1993, a partir de una selección representativa de los trabajos presentados en este encuentro, el libro es una de las muestras más elocuentes de las nuevas percepciones que sobre el Estado —es decir su organización, su razón de ser frente a la sociedad, su racionalidad, eficiencia y perspectivas— emergen después del periodo de estabilizaciones coyunturales, ajustes estructurales, integraciones comerciales, auge de movimientos sociales y otros procesos cuya magnitud y dinamismo han dejado una profunda huella en diversos países. Las enseñanzas de estos procesos apenas están siendo recogidas y decodificadas, con realismo pero sin concesiones.

Uno de los elementos que mejor caracteriza el proceso que, sin concluir aún, es objeto de examen hoy, es el relativo a la transformación del Estado y su administración, uno y otra reforzándose mutuamente. A pesar de tratarse de una obra colectiva, sorprende gratamente que la diversidad de los enfoques no extravíe la existencia de ciertas tendencias básicas que se pueden encontrar regularmente, que expresan los momentos más lúcidos del libro y que hacen de él una obra de lectura recomendable e, incluso, indispensable.

Esta coherencia interna de la obra puede efectivamente sorprender a más de un lector habituado a revisar las memorias de congresos internacionales. No es, por supuesto, fruto de la casualidad.

En efecto, desde finales de la década pasada no resultaba infrecuente encontrar críticas al modelo neoliberal impulsado desde el inicio de los años ochenta.

Las más de las veces se dio un debate fuertemente ideologizado entre los partidarios de la intervención del Estado en la economía y quienes veían en él ya no la gran solución, sino el problema mayor, el obstáculo a superar para lograr el desencadenamiento pleno de las fuerzas productivas.

Poco a poco, sin embargo, el debate empezó a alejarse de los reduccionismos y de los sofismas, para alcanzar mayor consistencia teórica, mayor rigor en el análisis.

Paralelamente, en los inicios de los años noventa y desde una perspectiva puramente pragmática, se advirtieron los límites del modelo para atacar o resolver problemas cruciales como la pobreza extrema, por solamente mencionar una de sus múltiples contradicciones.

Era urgente en consecuencia explorar de manera más sistemática y rigurosa el perfil del Estado contemporáneo a la luz de, al menos, los siguientes factores: el derrumbe del socialismo real; la globalización económica acompañada del surgimiento de tres grandes bloques económicos; la revolución tecnológica; la creciente inequidad entre

naciones y al interior de éstas, que propiciaron flujos migratorios sin precedentes; la emergencia de nacionalismos, tribalismos y fundamentalismos, así como la aguda escasez de capital y la disminución de los niveles de gobernabilidad.

Todo lo anterior sumaba y suma un conjunto sin precedentes de condiciones exógenas y endógenas que ha llevado a varios Estados nacionales a enfrentar crisis permanentes e, incluso, su disolución.

En ese contexto, el Instituto Internacional de Ciencias Administrativas determinó dedicar su Conferencia Internacional de 1992 al análisis de una agenda evidentemente estratégica: el rediseño del Estado, en una perspectiva mucho más seria que las simples discusiones sobre su tamaño. El tema era, y es, explorar el papel del Estado frente a los problemas de la economía y la sociedad, el modo de interrelación entre el Estado y la sociedad civil, así como la capacidad real del Estado para cumplir su papel histórico, todo ello en una óptica genuinamente internacional.

Afortunadamente estas propuestas prevalecieron sobre otras de enfoque más epidémico, con menos amplitud de miras.

Un conjunto de circunstancias favorables permitió organizar esta gran Conferencia en Toluca. Ello fue posible gracias a la iniciativa de Don Raúl Salinas Lozano, entonces Vicepresidente para América Latina del IICA y Presidente del INAP, y gracias también al apoyo decidido de

Ignacio Pichardo Pagaza, entonces gobernador del Estado de México. Los trabajos operativos fueron coordinados por Victoria Flores.

Pero ocurrió algo todavía más relevante: la posibilidad de contar como relator general del evento con un amigo y colega al que no vacilo, sin obsecuencia, en calificar de excepcional, Bernardo Kliksberg.

Por primera vez en los foros publiadministrativos mundiales, América Latina tenía no solamente la oportunidad de expresar con claridad sus preocupaciones, sino incluso, de tomar el liderazgo conceptual sobre temas de relevancia global.

Una vez designado, Kliksberg planteó en breve plazo una agenda para las deliberaciones, caracterizada por su articulación, su unicidad. Un destacado grupo de expertos le auxiliaron como correlatores: Paul Collins, Gérard Marcou, Pedro Zorrilla, Louis Picard, Vasant Mohariñ y Joan Corkery.

Fue así que la pertinencia y oportunidad del tema, la cuidadosa planeación académica, la provechosa interacción entre funcionarios y profesores, la realización previa de seminarios en África, Asia y América Latina, y la nutrida y representativa participación contribuyeron a imprimirle una singular calidad a este evento.

De ahí se deriva esta obra, publicada gracias a la perseverancia de Adolfo Lugo Verduzco y al apoyo del Director del Fondo de Cultura Económica, Don Miguel de la Madrid.

Producto pues de discusiones serias, creo que la importancia de esta obra se irá advirtiendo al paso del tiempo, alentará la investigación y refrescará la visión que nosotros mismos tenemos de nuestra disciplina.

En efecto, la obra se caracteriza por su crítica consistente al modelo neoliberal, pero no se agota ahí y contribuye a crear nuevos, muy necesarios paradigmas. Reencuentra el valor de lo estatal, sin caer en la vana pretensión de regresar a un pasado superado.

El rediseño del Estado destaca por una búsqueda seria y rigurosa para atender los imperativos que surgen en las sociedades de fin de milenio, y que en un plazo históricamente brevísimo nos ponen en la encrucijada de qué hacer para el futuro.

La obra plantea preguntas fundamentales de carácter conceptual y de índole instrumental. No ofrece —no podría hacerlo— todas las respuestas, pero sí nos coloca en la línea de pensamiento adecuado para entender mejor —más allá de preconceptos, de todas suertes cada día menos en boga— el carácter insustituible del Estado en las economías y en las sociedades contemporáneas.

No cabe duda de que el Estado debe ser un pilar que asegure la sobrevivencia y la continuidad de la Nación. Para ello debe preservar el orden constitucional y asegurar el respeto de las garantías individuales y de las libertades públicas.

No puede abdicar de su papel como promotor del desarrollo. Pretender que el Estado se sitúe al margen de los

hechos económicos es sostener una falacia. No ocurre así en los países avanzados. Los instrumentos simplemente son otros y sin duda más eficaces en las condiciones actuales.

Los poderes públicos tienen, y deben tener, un papel significativo en la creación de las condiciones que permitan el crecimiento sano y sostenido de la economía. Cambian, eso sí, los instrumentos.

Se trata de generar políticas congruentes, conjuntos de políticas congruentes; de crear la infraestructura necesaria al desarrollo y de movilizar, no de inhibir, todas las potencialidades de los actores económicos y sociales, en términos de relaciones simétricas que generen verdaderas sinergias. Se trata evidentemente, de sumar esfuerzos, de incluir, no de excluir.

Debe además el Estado alentar el desarrollo político y democrático, mediante vínculos renovados con la sociedad, que permitan a ésta y al sistema de partidos madurar en el aprendizaje concreto de las decisiones colectivas y de sus implicaciones.

Debe el Estado también repensar su organización para encontrar fórmulas más flexibles hacia adentro y en sus interrelaciones diversas. El viejo modelo compartimentado no es ya funcional en un mundo en el que los niveles de predictibilidad disminuyen literalmente todos los días.

En suma, la agenda es densa; los recursos escasos; las presiones intensas; y los riesgos reales; razones todas ellas para pensar y actuar.

Es hora, creo y espero, de aprovechar las nuevas condiciones para reconstruir los fundamentos de una acción que actúe favorablemente en el combate a la pobreza, el robustecimiento de las capacidades y energías de la sociedad, la reconstitución de arreglos institucionales orientados al bienestar colectivo y a la consecución de nuevos equilibrios, todo ello bajo la racionalidad que surge y se consolida a la luz del aprendizaje y la experiencia de los años recientes.

Con el adiós a la utopía igualitaria se produce también, aunque algunos insisten en no advertirla, la despedida de la utopía individualista. Es oportunidad para lograr, quizás, una utopía más simple, por accesible y necesaria, la del Derecho y la justicia.

Muchas gracias.